

PATTI SMITH EN PARQUE LEZAMA

Los martes y viernes a las diez y diez Patti Smith entrena en Parque Lezama. Entra en bici con motor, en un Toyota del 90, en taxi, de a pie: porque Patti Smith se llama mi grupo de gimnasia, uno de mis dos grupos de gimnasia, el más esforzado, el que se ha convertido durante este último año en símbolo de una generación, en ejemplo para mí y para mis interlocutores, a los que suelo atormentar con las historias de los que nos negamos al paro cardíaco, al derrame cerebral, al percance del tipo arterias tapadas, colesterol asesino, contractura eterna, gordura fofa. Esta es la historia de un conjunto de hombres y mujeres dispuestos a cambiar su vida a pesar de sus parrandas, de sus noches insomnes, de sus trabajos en diarios, en productoras, en revistas, en locales nocturnos. Si vieran, amigos, la felicidad que las endorfinas traen a sus vidas, si los escucharan hablar de pavadas infinitas mientras dan la vuelta al parque durante los primeros veinte minutos de aeróbico, entre la caminata lunar y el trote cruel y sostenido por cuatro minutos. Allí están, mis héroes modernos, dispuestos siempre más que uno, a levantarse a hora decente y a cumplir con el cuerpo, con el cuerpo propio, y con el cuerpo corporativo en el que nos hemos ido transformando hasta ser uno solo: el Grupo Patti Smith del Parque Lezama.

Sería injusto no aclarar que si bien es el grupo de los miércoles y viernes a las diez y diez el que ha logrado mayor identidad

al asumir sin dificultades el bautizo punk, todo se lo debo al grupo primigenio: un grupo de dos, mi Paula Rodríguez y yo. Ella, mujer alta y bella, de metro setenta y largos, pasaba las tardes y las mañanas –trabaja demasiado– en aquella silla a la entrada del ya muerto diario *Crítica* cuidando la edición de lo mejor que tuvo aquel pasquín de tan corto alcance: su revista del domingo. Metros más allá engordaba este cronista. Porque aunque imagino que la política profesional es peor, debo decir después de veinte años de redacciones que nada tan sedentario, nocivo, tóxico y enfermo como un diario. Cómo será el grado de alienación que produce que no recuerdo de qué manera, en qué momento, la malvada de Paula –solo parece buena– deslizó el comentario y me dejó picando: “Empiezo con una *personal trainer*”. Algo así habrá dicho, sin proponerme nada concreto, sin incitarme para no asustar pero dejando claro, por sus entonces pocos kilos de más en la cintura y la cadera, que si ella podía, por qué uno no. Así suelen ser los desafíos que ahora, ya entrenados, ya gimnastas con anclaje territorial en el Lezama, deslizamos en algunos incautos para que de pronto, sin darse cuenta cómo, se sumen a la aventura de la *personal trainer*, una mujer de fuste –y de fusta– que se hace llamar Gabi Profe. Nadie tan brutal como ella. Si le dieran uniforme de látex, luciría bien en ese cuerpo sin un solo gramo de grasa. Gabi Profe es de las que escucha: sobre todo las respuestas a las preguntas que hace para que uno pase el rato, el mal trago, al menos haciendo catarsis. En el pequeño círculo de chicas que entrenamos martes y jueves a las 8.30 –sí, viejos amigos de la noche, a esa hora pueden verme pasar con mi calza negra cuando ustedes regresan de esos inmundos *after*–, la charla es todo. Disfruto de ese mundo femenino que se parece tanto al de mi madre y sus amigas reunidas en el taller de la modista. Allí ahora somos tres: a Paula se le sumó “mamá”, que es como la que un día llegó a someterse a Gabi y con su abolengo judío nos dio nivel a las dos

chiruzas que solas transitábamos la vereda de la calle Defensa, siempre rumbo a La Boca, dando la vuelta por Martín García. Mamá habla mucho. Y cuenta historias tremendas, como la de su último viaje a Japón, vía la India y Canadá, cuando su hija emparentada ahora en Kyoto con un académico africano enorme, la mandó, tanto más malvada que la propia madre, a escalar el monte Fuji, ese de tres mil seiscientos metros pintado por Hokusai. Mamá partió con un bucito que había llevado por si refrescaba después de un tsunami y una mochilita cargada con agua. Los demás, contó mamá, eran unos jóvenes –mucho decir jóvenes, eran estudiantes de pregrado con acné– munidos de ropa de alta tecnología y bastones que se clavaban en la roca dura del monte para empujarlos hacia arriba. Mamá, muy digna, trepó hasta un punto alto bien alto en el que algún piadoso budista japonés instaló un refugio de montaña, donde se echó a descansar. Esto solo para que tengan una idea clara del entrenamiento al que nos somete Gabi Profe y su rendimiento impresionante e internacional.

Lo de internacional no es una broma: el parque entero lo es. De las primeras veces que dimos la consabida vuelta, antes de comenzar con el entrenamiento propiamente dicho, nos cruzamos con un personaje que me llamó la atención. Su parecido físico –a lo lejos– con el maestro Carlos Monsiváis era notable. La figura de alguien que esperó a la vejez para hacerse del parque, el pelo blanco anciano, y la mala cara: todo sumó para aquel bautizo temprano.

–¿Qué hacés, nena? –largó el señor con la voz ronca de un vendedor de feria.

–¿Cómo anda? –contestó la gentil Gabi.

–Y este gordito nuevo, ¿de dónde lo sacaste? Decile que suspena los choripanes.

El chiste lo presentó de cuerpo entero. Con un humor cultivado en Mar del Plata durante toda una vida de carpero, “Mon-si”, como se llamaría desde entonces, se volvió uno más en el

grupo de las chicas, siempre caminando en sentido inverso a nosotros, siempre con un comentario pertinaz en sus observaciones de una extrema incorrección política, para llamarlo de alguna manera. A los meses de haber comenzado con nuestra gesta sucedió que se nos fue el Monsiváis de la vida real, el cronista mexicano. Esa mañana, con la noticia fresca, Paula se preguntó si el nuestro no era una auténtica réplica clonada, si los seres humanos no tenemos en otro sitio del planeta un doble de cuerpo que en lugar de llevar nuestra vida miserable lleva otra vida miserable, pero que al que por muy cronista o muy carpero, la muerte lo espera igual, democrática, en el fondo. Esa mañana Monsiváis no apareció. Ni rastro de él y su extraña combinación de camisa, jogging y zapatillas. Con el tiempo Monsi adelgazó veinte kilos y se compró unos conjuntos Adidas de tela tan tecnológica como la nipona, que cada vez le quedan más sueltos.

—¡Mirá! ¡Mirá! —grita sin detenerse. Y agita la remera, que le queda ancha, como si tuviera calor.

Tras él suelen pasar las dos amigas que endurecen: una artista y una curadora, más tempraneras que nosotros, y constantes, quizá. Nos ven pasar, a veces con adminículos extraños que nos hace transportar Gabi Profe, y envidian nuestra tutelada manera de entrenar, aunque al mismo tiempo la temen. Fue terrible el día que nos vieron correr por primera vez:

—¡Corren! —gritaron a coro, incrédulas y espontáneas.

Ese intercambio es en el circuito que hacemos dos veces en cada encuentro: cuando se termina lo aeróbico sobreviene el gran momento, el entrenamiento de gimnasia funcional en sí, una instancia sagrada en la que ya nadie nos interrumpe. Esto es una rutina que varía siempre en la que debemos hacer una serie de ejercicios de distintos niveles de ridiculidad: abdominales cruzados, lagartijas, equilibrio con un pie, con la punta de un pie, con el dedo de la punta de un pie, estiramientos en la barra, ir y volver llevando las rodillas al pecho como futbolistas,

fuerzas de brazo con elásticos, con pesas, con pelotitas de varios tipos. En la última etapa, Gabi Profe nos somete con unos arneses muy S/M: nos ata a las columnas que dan sobre avenida Leandro N. Alem. Son elásticos, permiten que uno empuje hasta que la tensión es tal que el esfuerzo al hacer la ridiculez del caso triplica las energías usadas y por lo tanto las calorías que se queman en el intento; tonifica, endurece, mejora.

Por ahora soportamos con estoicismo y cierta alegría nuestros encuentros aun en el momento de usar el arnés al que hemos bautizado “cinturonga”. Es tan procaz la imagen de nuestros cuerpos atados que a veces los paseantes del parque se detienen durante unos segundos a mirarnos. Otros ya se acostumbraron: el grupo de los Cocoon, por ejemplo. Decenas de señores y señoras de más de setenta y hasta entrados los noventa comparten placeres parecidos a los nuestros solo que más leves y coordinados por un profesor de la ciudad. Son lo más pacífico del parque. El lugar, por más verde y apacible que parezca de lejos, tiene sus riesgos: los sopladores de tierra, los paseadores y los entrenadores de perros. Los primeros son pagos por los impuestos vecinales y sin embargo se dedican a soplar hojas y papeles usando unas máquinas a todo motor que llevan en las espaldas, como mochilas. Con unos tubos exagerados le dan al piso, que en la cabeza de quien los envía debe ser de verde césped, como en los parques de Palermo. Aquí, en el sur porteño, lo único que consiguen con el método es levantar una polvareda y hacer un ruido tal que parece anunciar un malón de la frontera. Para no hablar de aquel entrenador de perros que los azuzaba con su manga de cuero en el brazo, a los gritos. Los perros, en el extremo opuesto del patio de Sor Teresa de Calcuta –hay quienes le ofrendan flores de plástico–, ladraban y tiraban de las correas sostenidas por sus dueñas, en dirección al fulano. Eso ponía de pésimo humor a Gabi Profe. Y cuando eso sucede, agárrense, amigos, que el entrenamiento entonces sí se pone bien pero bien punk duro: nunca mejor para el Grupo Patti

Smith de Parque Lezama que solo se ve recompensado cuando al final, en fila, cada uno en su colchoneta, recibe los finales de la profe hechos con unos rodillos suizos de una goma con pinchitos, una delicia que restituye la dignidad del gimnasta tardío.



MAREA
EDITORIAL